

Escrituras del yo femenino en Centroamérica 1940-2002

Teresa Fallas Arias



PREMIO NACIONAL 2013
AQUILEO J. ECHEVERRÍA
ENSAYO

EDITORIAL
UCR

*Escrituras
del yo femenino
en Centroamérica 1940-2002*

Teresa Fallas Arias


EDITORIAL
UCR
2013

Colección Identidad Cultural

A860.992.87

F195c

Fallas Arias, Teresa

Escrituras del yo femenino en Centroamérica: 1940- 2002 / Teresa Fallas Arias. – 1. ed.- [San José], C.R. : Edit. UCR, 2013. – (Colección Identidad Cultural)

xl, 301 p. : il.

ISBN 978-9968-46-328-7

1. MUJERES COMO AUTORAS – AMÉRICA CENTRAL. 2. MUJERES EN LA LITERATURA – HISTORIA Y CRÍTICA – SIGLO XX. 3. AUTOBIOGRAFÍAS. 4. FEMINISMO Y LITERATURA. I. Título. II. Serie.



CIP/2372

CC/SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica
Primera edición: 2013

Corrección filológica y revisión de pruebas: *Gabriela Fonseca* • Diseño y diagramación: *Ana Lorena Barrantes*
Diseño de portada: *Catalina Lizano* • Control de calidad: *Everlyn Sanabria*

© Editorial Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, Costa Rica.
Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr
www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición, enero 2013.
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio • IG 1375

Contenido

Prólogo	xi
Introducción	xix
Estudios precedentes	xxvii
Perspectivas teórico-conceptuales	xxxv

I CAPÍTULO

Precursoras de las escrituras autobiográficas	1
1. Novelas autobiográficas, memorias y autobiografías	5
2. Somos hondureñas, salvadoreñas... Centroamericanas ..	13
3. El desmantelamiento de los bastiones patriarcales: de resistencias y travestismos	27
4. Escribo, escribes, escribimos: soy escritora, somos... ..	47
5. Entre la transgresión y la censura: el cuerpo femenino ..	66

II CAPÍTULO

Los testimonios femeninos: ser contadas o contarse desde la diferencia sexual	81
1. Los testimonios: nuevas prácticas de escrituras del yo femenino en tiempos de guerra	86
2. Mujeres-escrituras comprometidas con su pueblo y con su época	101
3. La resistencia femenina o la subversión del sistema patriarcal	115

4. Rastreo de una voz-lenguaje-escritura propia	132
5. Cuerpo expropiado, cuerpo tomado, cuerpo violentado	142
III CAPÍTULO	
Entre exculpaciones, autocríticas y desencantos políticos: la perspectiva de género y la irrupción del erotismo	157
1. Otras/las mismas escrituras femeninas: la autoetnografía, las memorias, los testimonios... ..	162
2. Recuperación del contexto histórico de guerra desde una perspectiva de posguerra	168
3. De exculpaciones, autocríticas y desencantos político-ideológicos	178
4. Militantes de la guerrilla y de la liberación femenina	191
5. El juego con las teorías y los teóricos o el deseo de subvertir la noción tradicional del sujeto	210
6. De escrituras, autorías y placeres textuales-sexuales	227
7. Una corporalidad desconocedora del placer sexual y la irrupción del cuerpo erotizado	246
(IN)CONCLUSIONES	
Más allá o más acá de la esencia femenina: las heterogeneidades, las diversidades, las subjetividades... ..	263
BIBLIOGRAFÍA	275
ACERCA DE LA AUTORA	303

I CAPÍTULO

Precursoras de las escrituras autobiográficas

Escribo...
Escribo para enxendrame
—coma se fose outra no ovario do pensamento.
Para dar-me a luz
—e dar-me luz—
deslumbrada polas propias palabras.
Axúdoas a parirse do meu corpo
¡tan miñas!
E tan outras.
Enfeitizada
míroas como á filla recién nacida tan de min
e tan descoñecida.

María Xosé Queizán

Las precursoras de las escrituras del yo femenino en Centroamérica surgen, entre los años cuarenta y sesenta del siglo XX, con una narrativa donde reseñan las experiencias vividas durante las primeras décadas de esa centuria. Al transgredir las expectativas culturales irrumpen en el espacio

público generando otras significaciones y nuevas imágenes femeninas ajenas a las textualizaciones patriarcales. De igual forma inician la búsqueda de una nueva subjetividad femenina, intentando socavar las instituciones en las cuales se sostiene el sistema de dominación masculino. Al mismo tiempo, vislumbran el descontento social incubado en sus países, malestar que repercutirá en la formación de movimientos guerrilleros en las siguientes décadas. De este modo, en este capítulo se develan las estrategias empleadas, por las pioneras de las escrituras autobiográficas, para replantear la subjetividad femenina, liberándose de la visión unidimensional impuesta por el sistema patriarcal.

Entre las escritoras fundacionales más representativas de las escrituras autobiográficas en Centroamérica se encuentran la hondureña-guatemalteca Argentina Díaz Lozano, con la novela *Peregrinaje* (1943), y la salvadoreña Consuelo Sunsín, con las obras *Memorias de Oppède* y *Memorias de la rosa*, ambas escritas en francés y publicadas en Nueva York y Francia en 1945 y 1946, respectivamente. Otras pioneras son la hondureña Lucila Gamero Moncada, con la obra *Autobiografía de Lucila Gamero de Medina* (1952); la poeta salvadoreña Claudia Lars, con la memoria poética *Tierra de infancia* (1959), y la escritora salvadoreña Amparo Casamalhuapa, quien escribe la novela autobiográfica *El angosto sendero* en la década de los sesenta, aunque fue editada en 1971²².

Estas escritoras inician el desenmascaramiento del sistema androcéntrico al mostrar las imposturas de ese orden que anula a las mujeres como sujetos culturales. Son las primeras prácticas de escrituras autobiográficas de las mujeres centroamericanas en búsqueda de una nueva subjetividad femenina con la que se resisten al desposeimiento histórico-cultural. Estas mujeres presuponen que tienen algo que decir y escribir que no es un simple reflejo o un calco del discurso masculino, por lo tanto empiezan a desmontar los basamentos patriarcales valiéndose de estrategias textuales eficaces “(...) para

22 No se encontró, para este período, ninguna autobiografía en Guatemala ni en Nicaragua.

*codificar su propia poética de la marginalización y para denunciar las prácticas exclusionistas y homosociales del patriarcado*²³". (Díaz-Diocaretz, 1993: 103) En esa autoexploración descubren nuevas tácticas para replantear la subjetividad femenina como las esbozadas a continuación:

- La elección de diferentes modalidades de escrituras para contarse. No les basta una versión, por eso se apropian de distintas variaciones genéricas como las novelas autobiográficas, las autobiografías y las memorias, sin importarles el emparentamiento de algunas de esas prácticas de escrituras con los varones. Tampoco se cohíben porque estas hayan estado consagradas a celebrar las hazañas de ellos, como los únicos miembros a quienes les competen los actos heroicos en la sociedad. Se atreven a explorar esos géneros revaluándolos en sus intentos por configurarse como sujetos heroicos, con historias atrayentes y merecedoras de trascender socioculturalmente.
- La apropiación del contexto histórico centroamericano desde una visión de género, en una época en la que se consolida el capitalismo en la región. Todas estas escritoras narran sus propias experiencias históricas de finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Se inscriben en un momento histórico donde se comprueba la injerencia extranjera y las políticas intervencionistas en Centroamérica, con la complacencia del sector hegemónico; grupo beneficiado en lo económico y en lo político debido a la mancomunidad de intereses. Estas autobiografías registran en sus textos las desigualdades sociales, las exclusiones étnicas o campesinas, los conatos de levantamientos populares y los brotes de revoluciones, por lo cual su narrativa puede catalogarse como literatura de preguerra; especialmente si se considera que

23 Sobre las valoraciones homosociales reafirmantes de la ideología de género institucionalizada por el patriarcado, véase el estudio de Myriam Díaz-Diocaretz titulado "La palabra no olvida de dónde vino. Para una poética dialógica de la diferencia".

la literatura testimonial, del período subsiguiente, ha sido calificada por algunos estudiosos como literatura de guerra.

- El desmantelamiento de los fundamentos patriarcales: la familia, la iglesia, el estado y la escuela. Estas mujeres inician el rechazo del “*eterno femenino*”, imagen idealizada o institucionalizada a través de las figuras y roles socializados en el sistema patriarcal. Además, el cuestionamiento del imaginario es indispensable para replantear la subjetividad femenina porque resquebraja la institución familiar, núcleo central de la sociedad, con lo cual la figura del patriarca queda en entredicho como los demás bastiones patriarcales que, confabulados, intentan anular, socioculturalmente, a las mujeres.
- La valoración y el rescate de la propia autoría. Sin importar si son escritoras consolidadas o emergentes, censuran los obstáculos impuestos, al mismo tiempo que reivindican la autoría femenina. Así se constata en todos los textos autobiográficos en los cuales si bien narran las privaciones de proyectos personales también relatan la manera en que se gesta la escritura en ellas y la complacencia derivada de la creación literaria, de la producción textual.
- Los intentos por reapropiarse de su cuerpo son otra de las estrategias exploradas por las precursoras de las autoescrituras en Centroamérica. Esa táctica se percibe en la alternancia entre focalizadores externos e internos para descubrir su propio cuerpo y sus experiencias eróticas²⁴. Tal enfoque les permite manipular distintos ardidés para recrear imágenes de afirmación, de veracidad, de dominación, de privación, de silenciamiento y de despojo cultural. Por recrear la historia de las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX, la sociedad que trasciende es aún muy conservadora, motivo por el cual el enfoque

24 Véase en el libro *Teoría de la narrativa (introducción a la narratología)*, de Mieke Bal, el punto 7 titulado “Focalización”.

de las autobiógrafas sobre su propia sexualidad es mínimo²⁵. Sin embargo, en su empeño por plantear una nueva subjetividad femenina comienzan a vislumbrar su cuerpo en partes y contrapartes, al entrecruzar la perspectiva propia con la ajena.

1. Novelas autobiográficas, memorias y autobiografías

Los senderos descubiertos por las autobiógrafas para replantear la subjetividad femenina no son recorridos siguiendo los mismos atajos, pues mientras algunas de estas escritoras se ponen en marcha enmascaradas tras un álter ego o en un yo disociado al desdoblarse en voces narrativas novelísticas, otras eligen las memorias y las autobiografías a pesar de la deslegitimación que pesa sobre las mujeres que eligen géneros creados para celebrar las hazañas de los próceres. Empeñadas en narrar sus propias vivencias, estas escritoras no se preocupan por delimitar sus prácticas de escritura inscritas en géneros desbordados por la hibridez.

De la delimitación entre la autobiografía y las memorias se han ocupado los estudiosos del canon al adjudicar a lo masculino la exclusividad de las memorias al enfatizar sobre los roles sexuales fijados por la sociedad. La concesión que hacen al varón es palpable en las acentuaciones efectuadas para uno u otro género, pues, mientras para la autobiografía destacan como características principales lo personal y lo psíquico del individuo, en las memorias le confieren más espacio al acontecer exterior circunscribiéndolas a “*hombres de acción*” como “(..) *los guerreros y los políticos, los conquistadores y los descubridores.*”

25 Aunque casi todas las autobiógrafas se refieren en sus relatos a las cuatro primeras décadas del siglo XX algunas retroceden a las últimas décadas del siglo XIX para recrear su genealogía o algunos hechos históricos acaecidos en esa época. En lo que respecta a Lucila Gamero, que nace en 1873, su autobiografía hace referencia a su niñez y adolescencia por lo que su relato se inscribe en las tres últimas décadas del siglo XIX.

(Neumann, 1973: 17) Esto por cuanto tradicionalmente viajar, “(...) descubrir, comerciar, colonizar son, en Occidente, cosa de hombres²⁶”. (Rivera, 1995: 39) La presunción de la diferencia la marca el papel social desempeñado socioculturalmente, por lo que competiría a los varones ese estilo de escritura. De ahí la legitimación de las memorias como la práctica literaria empleada por quienes, sin ningún tipo de reservas, ejercen un papel destacado en la sociedad. Los teóricos van más allá cuando precisan, como lo hace Neumann en *La identidad personal: autonomía y sumisión*, que las “(...) autobiografías de los hombres de Estado y de los políticos son casi siempre memorias.” (1973: 18)

Aseveraciones como las elaboradas y ratificadas por los investigadores, respecto a las memorias, evidencian que cuando estos escriben “hombre” no se refieren al genérico, sino al varón. No conciben que las mujeres desempeñen en la cultura un papel social destacado por el confinamiento de ellas al espacio privado, ámbito en el cual, aparentemente, se gesta la autobiografía pero no la memoria. Este enfoque induce a creer que este género tiene menor valor si se compara con las memorias referidas a acontecimientos públicos, casi siempre históricos; contextos negados a las mujeres por el sistema patriarcal. Así, al relacionar ambas variaciones de escritura con lo masculino adquiere menor estatus la autobiografía por describir el crecimiento personal mientras “(...) las memorias describen decursos históricos.” (Neumann, 1973: 110)

Por nacer estos géneros ligados a la figura protagónica masculina, la irrupción de las mujeres en estas prácticas de escritura está signada por la precariedad debido al lugar subordinado que ocupan en la sociedad. Esto por cuanto “(...) la experiencia de vida de ellas no es por principio, considerada representativa de la experiencia universal y/o significativa de la época (...)”

26 En apoyo de esta tesis se pueden ver las consideraciones expuestas por Cristina Morató en *Viajeras, intrépidas y aventureras* cuando señala que si es un hombre el viajero se le considera un Cid Campeador, pero si lo hace una mujer hay un refrán alemán del medioevo que dice: “*Peregrina salió, puta volvió*” (Morato, 2001: 14).

(Rivera, 1995: 160). La estructura homosocial distribuidora de lugares y roles no concibe que en el sitio asignado a la mujer ocurran sucesos merecedores de contarse por discurrir en un mundo en el cual se supone se sobrelleva una vida “(...) rutinaria y sin acontecimientos importantes, una historia indigna de ser registrada en la memoria colectiva.” (Rivera, 1995: 162)

Por tanto, que la producción del discurso escrito y literario de las mujeres (su producción cultural) haya permanecido desconocida durante siglos, y que a menudo se le considere ‘frívola’ o ‘poco importante’, es resultado directo de la progresiva autoridad patriarcal de la cultura. (Díaz-Diocaretz, 1993: 102-103)

Aunque las autobiografías y las memorias no están asociadas a las mujeres, las escrituras del yo femenino tienen su propia historia en diferentes lugares y épocas, sin importar la deslegitimación cultural de tales prácticas²⁷. Las descalificaciones provienen de distintos frentes y tiempos porque se las ha considerado literatura menor, calificativo con el cual se clasifica, según Deleuze y Guattari, la literatura elaborada por una minoría dentro de una lengua mayor, tornándola

27 En el libro *Textos y espacios de mujeres*, María Milagros Rivera Garretas señala que si bien la escritura autobiográfica se asocia con el protagonismo masculino, desde el siglo I surgen las primeras prácticas de escritura autobiográfica femenina. No fue un obstáculo ni el lugar subordinado ni la descalificación institucional de su escritura, ubicada en la periferia de la cultura, porque desde esa época las mujeres blandieron distintas estrategias para proyectarse. De carácter pietista, en un primer momento o amparadas más tarde en la autoridad del varón, las mujeres no dejaron de incursionar en la escritura autobiográfica. Así lo señala también Laura Freixas en *Literatura y mujeres*, al referir que era típico en cierta época que las viudas, las hijas, o las hermanas, de los “grandes hombres” escribieran panegíricos sobre ellos, temerosas aún de escribir sobre ellas. En *Acto de presencia: la escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, Sylvia Molloy expone que algunas de las escritoras hispanoamericanas se atrevieron, desde el siglo XIX a escribir sobre sus vivencias, como la cubana María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo, condesa de Merlín. En las primeras décadas del siglo XX Victoria Ocampo y Norah Lange convierten su propia vida en materia de la obra artística. Subvierten el espacio pautado para ellas en búsqueda de autorrepresentación.

imposible por la desterritorialización que conlleva y por el vínculo de estos géneros con lo masculino²⁸.

Aún entre las mismas escritoras no son bien vistas las prácticas de escrituras autobiográficas, como se percibe en el menosprecio y el rechazo de estudiosas como Virginia Woolf, quien en 1929 señaló “(...) *que la era de las autobiografías había pasado, que la mujer no necesitaba ya escribir para expresar su rabia, su amargura y su protesta. Por fin iba a poder concebir la escritura como arte.*” (Ciplijauskaitė, 1994: 15) Décadas después, Marguerite Duras también se lamenta que la mujer no escriba más allá de lo autobiográfico. Este hecho “(...) *parece molestar también a Julia Kristeva, quien recomienda la ‘purgación de todas las reminiscencias’ para llegar a la madurez creadora.*” (Ciplijauskaitė, 1994: 15)

Estas escritoras, también consideradas teóricas de la literatura, no previeron que la sociedad no camina de manera uniforme y que la visión de mundo de las mujeres, así como sus historias, varía de unas a otras. Por ello, la imposibilidad de homogeneizar el cosmos escritural femenino adscrito a las distintas variaciones autobiográficas que se experimentan en Centroamérica entre 1940 y 1970; unas escrituras en las cuales se replantean otras subjetividades impugnando las figuras tradicionales al mismo tiempo que se vislumbran nuevas imágenes y perspectivas femeninas.

La escogencia de la novela autobiográfica, para dar inicio a las escrituras de la autorrepresentación femenina en la región, obedece a diferentes razones. En *Una habitación propia*, Virginia Woolf se refiere a la relación de las mujeres con este género, porque, además de carecer de tradición y de estatus, es cercano a ellas pues “(...) *la génesis de la novela está en parte en formas de escritura familiares a las mujeres –diarios, cartas– por lo cual podía aparecer más accesible y asequible (...)*” (Freixas, 2000: 156). Pero no es únicamente esa afinidad de las mujeres con la novela lo que lleva a las autobiógrafas a seleccionarla. Al posicionarse en la región, presumen

28 Deleuze y Guattari se refieren en la obra *Kafka por una literatura menor*, a este tipo de literatura que realiza una minoría.

que con la ficcionalización de sus historias privadas pueden sortear el peligro que conlleva cuestionar a las tiranías entronizadas en algunos países del istmo.

El empleo de este género es estratégico porque les permite recobrar espacios materiales y simbólicos, y, al mismo tiempo, se salvaguardan de acciones represivas de las dictaduras y de maniobras neutralizadoras usadas en las prácticas socializadas. Los escrúpulos sustentados por las autobiógrafas son coherentes por cuanto, durante la época reseñada, el espacio público les está vedado y corren el riesgo de ser perseguidas, expulsadas o asesinadas por los déspotas que gobiernan en sus países.

Las convenciones descalificadoras, las cuales pesan sobre las mujeres erigidas en protagonistas de sus obras, son también motivo para que en sus inicios publiquen sus autobiografías en el género novelístico, pues ser heroína no es concebible en el recinto pautado para las mujeres, espacio privado donde, se supone, no suceden acontecimientos dignos de registrarse ni histórica ni culturalmente. A pesar de ello, se representan como protagonistas de sus propias vidas e involucradas en actividades ajenas a las ocupaciones pautadas de domesticidad y maternidad. Sus “actos heroicos” deben rastrearse en la reseña que hacen de sus experiencias de infancia, en la renuncia a desempeñar las tareas hogareñas, en el empeño por profesionalizarse en disciplinas hasta entonces vedadas y en las transgresiones a los basamentos del sistema de dominación masculino.

La potenciación sociocultural de las mujeres implica la oposición al régimen dictatorial-patriarcal centroamericano. Este enfrentamiento conlleva el hostigamiento por parte de los tiranos, como se aprecia en algunos de los textos autobiográficos inscritos como novelas. Dicho acoso las conduce, más tarde o más temprano, al exilio. Por ejemplo, la persecución del tirano que experimenta Elena, voz narrativa de la novela autobiográfica *Peregrinaje*, de Argentina Díaz Lozano, y Rosalba, personaje de la novela *El angosto sendero*, de Amparo Casamalhuapa; ambas son acosadas por los dictadores de turno de Honduras y El Salvador, respectivamente. Así lo comenta Elena cuando reseña los bandos participantes en la revolución

en Honduras, uno de los cuales estaba liderado por “(...) *uno de los personajes más sombríos de la política centroamericana: Tiburcio Carías.*” (Díaz, 1955: 209) Elena sufre la pesadilla de la revolución durante el levantamiento y también la persecución, pues “*Desde entonces, el sombrío jefe de aquella revolución, me hizo sufrir. No me imaginaba que muchos años después sería causa de mis mayores amarguras.*” (Díaz, 1955: 216)

El exilio es la única salida para las mujeres opuestas al régimen dictatorial, como lo confirma también Rosalba, protagonista de *El angosto sendero*, quien logra salvar su vida al huir hacia México a través de una Centroamérica tomada por tiranos. Además, Rosalba se ve forzada a dejar su puesto de maestra ante las prohibiciones de ser contratada en las escuelas oficiales y municipales como represalia del dictador salvadoreño Hernández Martínez, “(...) *porque la joven se había negado sistemáticamente a trabajar en la reelección del citado dictador, desafiando repetidas presiones del Partido Oficial Pro Patria.*” (Casamalhuapa, 1971: 39) De este modo, el refugio temporal en casas de amigos, el juego de disfraces para salir de su país y la fuga a México son consecuencias que dejan al descubierto el complot del déspota contra Rosalba. Pero esos hechos no logran amedrentarla, lo cual se percibe en el posicionamiento y la potencialización femenina que adquiere al responder la pregunta sobre la razón de su viaje al exilio: “*Soy maestra salvadoreña y voy a México huyendo del dictador Hernández de mi patria. Efectivamente, voy sola*”²⁹. (Casamalhuapa, 1971: 141)

De destierros también escribe la salvadoreña Consuelo Sunsín, quien recurre tanto a la novela autobiográfica como a las memorias para contarse. Los exilios de Sunsín son por decisión propia, al elegir, desde muy joven, abandonar El Salvador.

29 En el período en que se inscriben las precursoras de la escritura autobiográfica, México se constituye en un ejemplo para la región centroamericana por la revolución de 1910. Además, esa nación se convirtió en el refugio para muchas escritoras de territorios vecinos quienes vieron sus aspiraciones limitadas en su propio país, por los prejuicios y estereotipos patriarcales. Allí se asiló Amparo Casamalhuapa, como también lo hicieron numerosas escritoras; entre ellas, las costarricenses Yolanda Oreamuno, Eunice Odio y Carmen Lyra.

Después de escalas temporales en varios países se decide por París, ciudad donde radica hasta su muerte. Aunque no es perseguida políticamente en su país, el asedio lo experimenta en la capital francesa tomada por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. La fuga de la ciudad ocupada y sus vivencias de refugiada con un grupo de personas en otra localidad de Francia son relatadas por Sunsín mediante la voz narrativa de Dolores, personaje de la novela autobiográfica *Memorias de Oppède*. Dolores es un nombre revelador debido a las penurias que sufre la protagonista en Oppède por la escasez de alimentos y la espera interminable para reunirse con su pareja. Además, parece estar predestinada al exilio pues, según lo reconoce, desde “(...) *la infancia partir fue un deseo más fuerte que cualquier atadura* (...)” (Sunsín, 1998: 17). Entre el aquí y el allá, entre el arraigo y el desarraigo, parece debatirse; esa incertidumbre la lleva a confesar: “*¡Vengo de lejos, de muy lejos, soy diez veces refugiada!*” (Sunsín, 1998: 17).

Si unas autobiógrafas recurren a la novela por ser un género ligado a los diarios y las cartas para impedir la descalificación de su protagonismo cultural, para conjurar la amenaza, la agresión o el asesinato por parte de los tiranos y en sus intentos por salvarse del exilio, otras descubren las memorias y las autobiografías para relatarse, sin importarles que estas modalidades sean géneros vinculados con los varones, las exploran descartando las descalificaciones canónicas y se atreven a incursionar en estas prácticas de escrituras autobiográficas jugando con los deslindes y las imprecisiones de las fronteras genéricas.

Sus escrituras son subversivas por irrumpir en géneros considerados, ortodoxamente, masculinos, y porque, en el proceso de autorreconocimiento, las mujeres asumen una potenciación protagónica al recrear relatos sobre sí mismas en los cuales se confunde lo público y lo privado. Además, emergen del borde, del silencio, del anonimato y la invisibilización, resistiéndose a ser subsumidas en el discurso de lo mismo. En ese sentido, intentan la “(...) *corrección o destrucción de la imagen del ‘yo’ concebida desde fuera* (...)” (Ciplijauskaitė, 1994: 18) y trazan una nueva subjetividad femenina desde ellas mismas.

En sus ansias autoexploratorias para plasmar su propia subjetividad vasta e imaginativa, Sunsín recurre a las memorias un año después de publicada su novela autobiográfica, cuando publica el libro *Memorias de la rosa*, obra en la cual perfila otras facetas suyas. Por este género también se decide la salvadoreña Claudia Lars cuando escribe sobre su vida en *Tierra de infancia*, memorias poéticas donde rescata su niñez, etapa de la vida en la cual se supone no suceden hechos heroicos y menos si quienes los protagonizan son mujeres. Además, no se intimida por las prescripciones que pesan sobre el género renovándolo al narrarse desde niña y en hechos que desea divulgar en la sociedad, los cuales pese a ser trascendentes para ella no lo son para los otros.

La revaloración de la autobiografía también se da entre las precursoras autobiográficas centroamericanas. Esta es la modalidad por la que se decide la hondureña Lucila Gamero Moncada; con excepción de esta escritora, quien introduce su relato con un exordio para explicar que lo escribe por petición de otros, las demás publican sus textos sin hacer ningún preámbulo y sacan provecho de unos géneros vinculados institucionalmente con los varones revaluándolos con sus propias experiencias. Empeñadas en contarse, no se ocupan de especificar las particularidades de las terminologías con las cuales designan sus escritos, adscribiéndose a uno u otro género sin considerar las normas establecidas por la academia.

Desde esa perspectiva, sus escrituras se convierten en una praxis de experimentación porque, mientras unos textos son relatados cronológicamente en un intento por darle verosimilitud al relato, otros están escritos al ritmo de los recuerdos que refulgen y se despliegan conforme son evocados, pues la escritura autobiográfica “(...) *no depende de los sucesos sino de la articulación de esos sucesos, almacenados en la memoria y recordados mediante el recuerdo y su verbalización.*” (Molloy, 2001: 16) Las escrituras de la autorrepresentación femenina emergen de ese umbral impredecible que es la memoria, en la cual no hay nada fijo por ser “(...) *un centro de producción, en perenne movimiento, como los átomos, atravesada*

por el tiempo histórico que la va dotando de significaciones diversas.” (Solá, 2000: 124)

2. Somos hondureñas, salvadoreñas... Centroamericanas

Unas veces por caminos de herraduras y a lomo de mulas, otras tantas sobre rieles y espectadoras de los movimientos revolucionarios, estas autobiógrafas inician la búsqueda de una nueva subjetividad femenina al mostrar las fisuras del sistema dictatorial-patriarcal, grietas que ahondarán y expandirán las escritoras de los períodos siguientes. Son mujeres en movimiento como lo está la región centroamericana porque, al recrear el paisaje propio o descubrir el ajeno, estas escritoras develan sus propias vivencias inmersas en las transformaciones que experimenta la región, con cambios en lo político, en la tenencia de la tierra, en los medios de transporte o en los conflictos sociales. Todo ello como consecuencia del desarrollo y la consolidación del sistema capitalista y el despliegue imperialista en el área.

En su búsqueda por posicionarse en el contexto histórico de sus respectivos países, estas escritoras reseñan en sus relatos los cambios ocurridos en las primeras décadas del siglo XX con la siembra del banano y la construcción de los ferrocarriles para atender las demandas de los mercados internacionales. Además, en estos textos, es posible descubrir el ingreso de Centroamérica al sistema capitalista de manera dependiente y el impacto económico, social y político sobre las sociedades tradicionales por las concesiones de tierra que hacen los gobernantes de turno a las transnacionales productoras de banano, también propietarias de las minas y del ferrocarril³⁰. En sus

30 El ferrocarril irrumpió con la producción y la exportación bananera en algunos países de Centroamérica y se extendió a otros donde no sembraban ese cultivo, como El Salvador. El tren marca la infancia de las autobiógrafas con distintas imágenes y recrea las fórmulas de los cuentos infantiles. En ese sentido, unas veces es nombrado como un “(...) *portentoso pero*

obras, relatan las movilizaciones y concentraciones de mano de obra en ciertas zonas debido a las demandas en el mercado laboral por parte de las compañías foráneas, lo cual origina nuevos patrones de poblamiento y urbanización en el área.

Argentina Díaz Lozano hace patentes esos cambios por medio de Elena y su madre, protagonistas de *Peregrinaje*, quienes se desplazan hacia la costa norte hondureña porque supuestamente allí está la civilización y pagan en dólares. Sin embargo, la escritora reconoce que la costa es un destino aciago para los trabajadores hondureños; esto lo señala mediante los tenderos apostados en la ruta, quienes han visto el ir y venir de los viajeros e intentan disuadirlos: “(...) *todos pasan para allá con sueños de mucha plata, pero los que vuelven vienen sin la plata y sin la salú...*” (Díaz, 1955: 61)

De la explotación de las minas hondureñas también escriben las precursoras de las escrituras autobiográficas. A estos yacimientos se refieren tanto Lucila Gamero como Argentina Díaz Lozano. Gamero comenta de dos momentos en la explotación minera; en el primero alude a la época cuando las minas estaban en manos de ricos hacendados cafetaleros, muchos de los cuales son parientes suyos, como sus abuelos, padres, tíos y esposo. El segundo período de producción minera en Honduras estuvo marcado por la penetración del capitalismo estadounidense y el consiguiente traspaso de las minas a los foráneos porque fue durante las décadas de 1870 y 1880 cuando “(...) *llegaron a Honduras mineros provenientes de los Estados Unidos y de varios países de Europa, con el fin de explorar yacimientos mineros.*” (Fonseca, 2001: 179) Esa transición la explora Gamero al recordar el proceso mediante el cual las minas de sus familiares pasaron a ser propiedad de los estadounidenses, perspectiva que le permite parodiar el traspaso de los propietarios regionales a los extranjeros.

amable monstruo (...)” (Díaz, 1955: 71), para llamarlo a continuación “(...) *gusano gigantesco (...)*” (Lars, 2003: 51) o “(...) *animalón de hierro (...)*” (Lars, 2003: 51). También lo recrean como una “(...) *bestia cansada (...)*” (Lars: 2003: 92), una “(...) *enorme masa negra y humeante*” o “*un volcán ambulante que escupía fuego, paquetes y personas.*” (Sunsín, 1998: 123).

A las repercusiones de la penetración del capitalismo en la actividad minera se refiere también Argentina Díaz Lozano en *Peregrinaje*, cuando señala que el desarrollo capitalista acentuó las expropiaciones de los pequeños agricultores hondureños quienes, de la noche a la mañana, se convirtieron en obreros de las minas bajo condiciones infrahumanas. Para exponer el proceso de expropiación y de explotación sufrido por los campesinos hondureños, la autora recurre a una de las mujeres cuyo marido se vio obligado a trabajar en los yacimientos:

Le quitaron su milpa por un “pisto” que debíamos ende cuando se nos murió una muchachita que tuvimos, y entonces nos fuimos para San Juan, y él se metió a trabajar en las minas, a sacar oro para los “gringos”, y también plata que allí abunda. Me daba mucho miedo cuando yo lo acompañaba a la mina, cuando se metía en las profundidades..., porque me dijeron otras mujeres que a veces se caiban y se mataban así, se morían de tisis, que allí da mucho a los mineros quien sabe por qué... (Díaz, 1955: 184-185).

La explotación minera introdujo transformaciones en la región centroamericana, como lo reseñan Díaz y Gamero, las cuales provocaron la expansión del cultivo del café. Esta actividad productiva desencadenó importantes modificaciones tanto en el mercado de tierras como en las relaciones laborales. Así, las demandas de los hacendados cafetaleros se acentuaron especialmente en Guatemala y El Salvador, países en donde “(...) el paisaje agrario estuvo dominado por propiedades relativamente grandes, concentradas en pocas manos (...)” (Pérez, 1986: 108). Esa concentración produjo una oferta laboral masiva de los indígenas y los campesinos desposeídos, como se puede palpar en algunos relatos autobiográficos en análisis. Esta situación llevó a que grupos campesinos descontentos establecieran alianzas y se afiliaran ideológicamente con la izquierda.

Sobre las transiciones experimentadas en la región, las tiranías, las persecuciones políticas, el descontento, los levantamientos populares y las revoluciones, narran estas escritoras al

mismo tiempo que comienzan a potencializarse “(..) *no fuera de la historia, sino al contrario, forjando historia y realidad.*” (Calvo, 2004: 45) Por lo tanto, se inscriben en el contexto histórico de la época mediante el énfasis reiterativo de un yo femenino; un sujeto desmitificador de la historia oficial reafirmado frente al sistema dictatorial-patriarcal que oculta, niega e invisibiliza a las mujeres como sujetos creadores de cultura. Aunque solo algunas de las autobiógrafas denuncian, explícitamente, las injusticias cometidas por las tiranías, todas dejan en sus obras indicios de sedición que pueden rastrearse en los silencios, en las entrelíneas o en los entornos, los cuales pese a ser bucólicamente delineados, permiten descubrir la gestación del descontento popular en esta escritura de preguerra.

No hay más que abrir los textos de las precursoras de las escrituras autobiográficas para descubrir la conciencia que tienen estas mujeres del país y de la región donde habitan. Esa ubicación territorial y ese sentido de pertenencia simbolizan el punto de partida para enrumbarse a la exploración personal. Así, la identidad se constituye en un proceso de conciencia en el cual la propia historia “(..) *es interpretada o reconstruida dentro del horizonte de significados y conocimientos disponibles en la cultura en un momento histórico dado, un horizonte que también incluye formas de compromiso y lucha política*”³¹. (Guerra, 1995: 170)

Orgullosas de su sangre mestiza se declaran las salvadoreñas Claudia Lars y Consuelo Sunsín, ambas nacidas en la ciudad de Armenia. Lars reconoce, en *Tierra de infancia*, el aporte de los indígenas a la cultura salvadoreña al recordar la lucha de los pueblos aborígenes frente a la invasión de los conquistadores y la defensa que hicieron los indios pipiles de la ciudad de Sonsonate cuando “(..) *se apresuraron a formar un ejército para defender la libertad de su suelo (...) con flechas y lanzas.*” (Lars, 2003: 82) De los cambios originados por la ocupación española, Lars hace un recuento donde recupera

31 Esta cita la selecciona Guerra de la antología *Feminist Studies/Critical Studies*, de Teresa de Lauretis (Bloomington: Indiana University Press, 1986, p.157).

tanto las aportaciones de los vencedores como de los vencidos, y esboza la mezcla étnica en el área "(...) *desde los primeros días de la conquista; mestizaje violento, confuso y atormentado, pero con necesarios aportes para el futuro.*" (Lars, 2003: 83)

Claudia Lars experimenta en sí misma la mezcla de sangres cuando exclama: "*Entre el volcán y el mar nació la niña de este libro: el volcán de sus abuelos morenos; el mar de sus abuelos blancos.*" (Lars, 2003: 47) Ese mestizaje lo palpa en la casona del abuelo donde coexisten distintas culturas porque allí vive el otro-chele, su padre, quien llegó un día a la tierra de volcanes para quedarse varado por el amor después de múltiples andanzas. Lo comparte, además, con el otro-nica trasahumante y fabulador que trae y lleva historias, las cuales se ensanchan conforme se desplaza por el istmo. También, con el otro-indio, caminante que bajó de las montañas para vender sus productos y se quedó con quienes no regresaron a sus tierras, por servir al hacendado que los relegó al traspatio de la casona "(...) *como los lavaderos, las monturas y las trojes de cereales (...)*" (Lars, 2003: 119).

Bucólica y nostálgicamente recordada la tierra de su infancia, Lars no percibe el abuso de los cafetaleros salvadoreños con la peonada indígena, condenada a la explotación en las plantaciones³². Quizás por ser su abuelo un hacendado no se detiene a considerar las penurias de los sectores marginados ni las condiciones sociopolíticas que atraviesa su país. Además, su obra es una narración de infancia, una especie de reencuentro con el paraíso perdido, el cual se nutre con leyendas, cuentos y tradiciones de la región centroamericana; historias plurales

32 Aunque en *Tierra de infancia* Lars no se refiere a la explotación de las poblaciones indígenas salvadoreñas, sí deja constancia de la expoliación, desde las épocas de conquista, en el poema *Indio Cruz*: "*Indio Cruz ¡Que carga llevas/ por distancia interminable!;/ Cuando empezaste a sufrirla/ no salías de tu madre!/ Hay tanto que te doblega/ y te condena al arrastre;/ tanto que se ha vuelto vida/ de sentirlo en viva carne/ y de hallar, hasta la muerte,/ una envoltura de sales./ Los mapas se han dibujado/ con el hilo de tu sangre;/ en tus muslos y tu cuello tienen base las ciudades;/ de tu corazón el grano/ cae al suelo y se reparte;/ ¡oro patente y rendido/ que te mantiene con hambre!*" (Lars, 2003: 25).

donde conviven la *Siguanaba* con fábulas cristianas y relatos del camino en tal confusión que no se sabe dónde comienzan o terminan unas y otras.

A su país, rico en volcanes y leyendas, se refiere también Consuelo Sunsín al recordar la tierra donde nació. Viajera incansable y radicada en París, la autora deja constancia una y otra vez de El Salvador, país al que regresa para restablecerse emocional y físicamente cuando se siente abandonada. Tanto en la novela *Memorias de Oppède*, bajo la voz narrativa de Dolores, como en *Memorias de la rosa*, en la cual el sujeto discursivo evoca la tierra de volcanes, Sunsín se muestra complacida de ese mestizaje que le confiere una identidad particular. Ante la descalificación que le origina la mezcla de sangres, entre amigos y parientes políticos parisinos, se muestra desafiante y orgullosa al autorreconocerse de otra latitud y de diferente cultura:

Yo tenía otro origen, otra tierra, otra tribu, hablaba una lengua distinta, comía cosas distintas, vivía de manera distinta (...) Yo tenía una buena dosis de sangre india maya (algo que estaba de moda en París) por la parte Suncín, y conocía leyendas de volcanes que podrían divertirlos... Pero algo más profundo los frenaba, algo relativo a las mezclas de sangre (...) (Sunsín, 2002: 90).

Otra de las escritoras orgullosas de su tierra, aunque no de los regímenes dictatoriales que gobiernan en su país y en los territorios vecinos, es Amparo Casamalhuapa —también salvadoreña—, como se aprecia en la novela autobiográfica *El angosto sendero*. Partidaria de las prédicas de bondad, equidad y justicia de Alberto Masferrer y de las ideas socialistas que permean la juventud salvadoreña, no es de extrañar la lúcida conciencia de clase y la criticidad de Casamalhuapa sobre la sociedad. A diferencia de Sunsín y de Lars, esta autobiografía, desdoblada en Rosalba, se aleja de la visión idílica para censurar al tirano, con un discurso que, además de escribirlo, proclama en plaza pública:

(...) yo como mujer salvadoreña, protesto con todas mis fuerzas de un Gobierno que en nombre del orden público ha venido callando las voces de los hombres honrados que saben estas cosas y otras de igual gravedad (...) Para los que seguimos las huellas de los grandes hombres de la historia, no hay en el presente más que detenciones, destierros, cárcel y torturas, pero no importa. En los anales de la Historia Patria están escritos los nombres de los mártires que sucumbieron a manos de la traición, de la tiranía y del miedo de los pueblos débiles. (Casamalhuapa, 1971: 41)

Casamalhuapa esboza en *El angosto sendero* otro país y otra Centroamérica de la que no comentan ni Lars ni Sunsín. Perseguida política por el gobierno de Hernández, en su huida al exilio perfila a su patria y bosqueja a la región, nombrándolas y enfocándolas de distintas formas. Si en algún momento recrea a su país como una sola costa bañada por el océano, en otros lo observa como “(...) un pedazo de costa” (p. 44) o un “(...) pedacito de la cintura de América (...)” (p. 57), para ser de seguido “(...) el país más pequeño de América (...)” (p. 125) y contrastar su pequeñez con la “(...) inmensa cárcel en que se había convertido El Salvador.” (p. 67). Una “(...) patria desgraciada (...)” (p. 64) bajo la dictadura de un “(...) infeliz dictador que quiere rivalizar con sus congéneres de Centro América.” (p. 115)³³.

El posicionamiento en el propio país lo extiende a todo el istmo, al que llama con afecto “(...) Patria grande.” (p. 82), “(...) Patria centroamericana” (p. 38), o con enojo “(...) dormida Centro-América (...)” (p. 34), por desatender las voces del maestro Alberto Masferrer. Inspirada en este humanista, la escritora lamenta que sus enseñanzas no hayan trascendido

33 Durante el gobierno del dictador Maximiliano Hernández Martínez, quien llegó al poder mediante un golpe de estado, se produjo una insurrección social en toda la zona cafetalera que convocó a indígenas y mestizos. En ese levantamiento se produjeron detenciones y fusilamientos de algunos dirigentes del recién fundado Partido Comunista Salvadoreño. En la represión resultante de la revuelta, se produjo “un saldo de víctimas estimado entre 10.000 y 30.000 muertos. Tanto ese alzamiento como la represión sucedánea marcaron profundamente toda la historia contemporánea de El Salvador” (Pérez, 1986: 118).

en un territorio “(...) amenazado por el medioevo en pleno siglo XX.” (Casamalhuapa, 1971: 115)

Se duele no solo del sufrimiento de su gente sino del que aflige a los pueblos vecinos, porque mientras huye a través de esos territorios verifica que también están sometidos por los “¡Dictadores criollos!”... ¡Gentes nacidas en Centro América para amargar la vida de los ciudadanos honestos!...” (Casamalhuapa, 1971: 135). Es sugerente observar el enfoque de Casamalhuapa respecto a la situación experimentada por la región. Por ser maestra, defensora y promotora de los ideales humanistas y por inspirarse en ideas socialistas que permean la juventud salvadoreña de la época, Amparo Casamalhuapa posee conciencia social. A diferencia de Claudia Lars y Consuelo Sunsín, esta escritora no proviene del sector acaudalado, por lo cual conoce de cerca las penurias de los grupos desposeídos. Huérfana desde su infancia, trabaja desde muy joven por lo que está consciente del descontento popular tanto en su propio país como en los territorios por donde escapa del hostigamiento del tirano Hernández Martínez.

Se vuelve forzoso para las mujeres que intentan replantear una subjetividad pautada por los otros, apropiarse del contexto histórico para contarse, como lo hace, también, la hondureña Argentina Díaz Lozano en *Peregrinaje* donde, desdoblada en Elena, señala como lugar de origen “(...) un pueblecito de Honduras, fundado por aventureros y valientes españoles (...)” (Díaz, 1955: 5). Desde ese posicionamiento comienza el autodevelamiento privativo y el histórico-social que van revelándose conforme se desplaza por diferentes pueblos hondureños a lomo de mulas, en trenes o en “(...) grandes y rústicos buses (...) a los cuales la gente llamaba Baronesas (...)” (Díaz, 1955: 227).

Sobre el mestizaje hondureño, Díaz muestra en *Peregrinaje* una gran inconsciencia, como se percibe en el esbozo que hacen Elena y su madre de los indígenas y de los negros, pues en estos grupos étnicos trascienden, los prejuicios y estereotipos de los marginados y los estigmas del conquistador; así se intuye cuando las protagonistas de la novela refieren sus intenciones de evangelizarlos y civilizarlos. Si en algunos fragmentos

parecen sentir compasión respecto al indígena, no sucede lo mismo con los negros, como se aprecia en el comentario de Elena, quien desdoblada en un nosotros, al incluir a su madre, comenta despectivamente: *“No había con quien relacionarnos. Nos dimos cuenta de que la mayoría de habitantes eran morenos o mulatos. Había muchos con ‘cativi’ o ‘mal de pinto’, repugnante enfermedad de la piel que consiste en blancas y lívidas manchas.”* (Díaz, 1955: 117) Con prejuicios similares bosqueja a los campesinos hondureños describiéndolos como seres perezosos que

(...) cultivaban una raquítica milpa, mejor dicho la veían crecer desde su hamaca de pitas, donde permanecían casi todo el día, mirando al cielo azul y espantándose las moscas (...) Salen de su sopor solo de vez en cuando, para ir a tomar aguardiente, que los acaba de embrutecer. (Díaz, 1955: 163)

Contextualizar la historia privativa se convierte en una necesidad como se percibe también en la *Autobiografía de Lucila Gamero de Medina*, quien señala a Danlí como el lugar de su nacimiento y el de sus progenitores, pequeño pueblo ubicado en la *“República de Honduras, América Central.”* (Gamero, 1952: 60) El escenario que esboza Gamero en su texto es conculso en cuanto a la tenencia de la tierra, porque su familia, propietaria de minas y de grandes haciendas cafetaleras, debió

(...) abandonar su pueblo para evitar la persecución de ciertos individuos ignorantes, que capitaneados por algunos hombres de notoria mala fe, les eran hostiles y trataban de quitarles indebidamente las propiedades rurales que, con títulos legítimos, poseían en el municipio de Danlí. (Gamero, 1952: 60)

Aunque la autobiografía minimiza el exilio de sus padres, descalificando a los gestores del levantamiento al tildarlos de ignorantes y “neocomunistas”, deja en evidencia el descontento popular contra los hacendados cafetaleros, dueños también de las minas en la zona rural hondureña. Este malestar se acrecentó por la carencia de vías de comunicación, como lo relata la escritora al consignar fechas y datos sobre las dificultades para desplazarse dentro del país: *“(...) el año 1890*

y aún mucho tiempo después, para ir de Danlí a Tegucigalpa se ocupaban tres días. El viaje era a lomo de mulas por unas veredas en su mayor parte casi intransitables y peligrosas, mal llamadas caminos de herraduras.” (Gamero, 1952: 72)

Con críticas atenuadas o con fuertes censuras acerca de los acontecimientos que suceden en sus respectivos países, todas las autobiógrafas manifiestan, consciente o inconscientemente, el descontento popular incubado en Centroamérica por las grandes desigualdades sociales. Así lo señala Casamalhuapa cuando expone, en *El angosto sendero*, la peligrosa estadística que marca la región:

setenta y cinco por ciento de analfabetismo (...) sobreabundancia de cantinas, indiferencia del veinticuatro por ciento de personas cultivadas, desnutrición en la mayoría del pueblo, prostitución, tuberculosis y niños pidiendo limosna, explotados por sus padres verdaderos o adoptivos. (Casamalhuapa, 1971: 38)

Ese descontento de los pueblos centroamericanos lo personalizan las autobiógrafas desterradas por los dictadores, como Casamalhuapa, quien, a través de Rosalba, acusa al dictador Hernández Martínez de representar “*un gobierno tiránico que hace siete años ordenó asesinar –en tres meses– a doce mil ciudadanos inermes para consolidarse en el Poder y que luego ha pisoteado la Constitución de la República y la dignidad de todo ciudadano honrado (...)*” (Casamalhuapa, 1971: 66). Además, enfrentada al gobierno represivo salvadoreño y con el señalamiento preciso de la cifra de ajusticiados, condena a las tiranías de otros países como Guatemala, territorio donde gobierna un “*(...) dictadorzuelo, émulo de los Carrera y Estrada; personas que han sido y son como una enfermedad endémica de esta pobre y bella tierra del Quetzal.*” (Casamalhuapa, 1971: 138)

Las fuertes críticas político-sociales hechas por Casamalhuapa en *El angosto sendero* son inusuales entre las demás escritoras. No obstante, todas las obras muestran, si se leen las entrelíneas, las condiciones de pobreza y abandono en las que viven los sectores populares en Centroamérica. Por ejemplo, la miseria se evidencia en *Peregrinaje* cuando desde casitas

diminutas niños desnutridos y con vientres hinchados dicen adiós al paso del tren; o cuando los indios arreadores de mulas llaman “*patroncitos*” a quienes cabalgan en ellas. También se descubre en el ambiente insalubre donde viven los trabajadores de las zonas bananeras, regiones hacia donde se desplazan los hondureños en busca de mejores condiciones salariales.

Díaz es consciente de la penetración estadounidense en la región y del poder de la United Fruit Company (UFCO) en su país debido a que “(...) *la mayoría de las tierras cultivadas con el codiciado fruto, el ‘oro verde’ costeño, pertenecían a ‘la Compañía’.*” (Díaz, 1955: 90) Asimismo, señala la relación del ferrocarril con la UFCO y las extensas plantaciones de banano al usar la onomatopeya: “*Chiqui chaca..., chiqui chaca..., decía rápidamente el tren, mientras huían veloces ante nuestros ojos los verdes y al parecer interminables bananales.*” (Díaz, 1955: 83) Aunque Díaz Lozano sabe que la transnacional se adueñó de todo el litoral caribeño, los ferrocarriles, las minas y los ingenios de su natal Honduras, no critica a la UFCO pero percibe que las transformaciones provocadas por la Compañía generan el ambiente propicio para los levantamientos sociales. En ese sentido, señala que, de ocurrir una revolución, la lucha tendría mayor eco en los miles de trabajadores de las fincas bananeras, quienes por vivir en condiciones miserables “*No le tienen apego a la vida carcomida por el paludismo, embrutecida por el alcohol y el calor y el vaho pestífero de los fangales y la amenaza de las víboras.*” (Díaz, 1955: 74)

A pesar de percatarse de que Honduras sufre una revolución apadrinada por la transnacional y de reconocer las condiciones miserables en las cuales viven los trabajadores bananeros, no desapueba la intrusión de los marines estadounidenses en su país con el pretexto de reprimir los levantamientos populares³⁴. Por el contrario, en la novela se evidencia la fascinación despertada por los marines de un barco anclado

34 En “Lectura de Peregrinaje de Argentina Díaz Lozano en clave de novela educativa”, Seidy Araya considera la obra de la escritora hondureña “*nacionalista, interesada amorosamente en el paisaje y los problemas locales*” (Araya, 2002: 88). La perspectiva de Araya, visión de la que se discrepa

en Amapala, quienes penetraron en territorio hondureño para intervenir en los asuntos internos “(...) *pasando por en medio de los ejércitos rebeldes, que respetaron la bandera de las barras y las estrellas*”³⁵. (Díaz, 1955: 218) La seducción ejercida por los marines sobre Elena, voz narrativa de la novela, se comprueba en el beneplácito expresado ante la intervención violatoria de la soberanía hondureña, en el reconocimiento de las *humanitarias* actuaciones de los estadounidenses y en la descripción física de ellos:

Todos eran altos, hercúleos y jóvenes; la mayoría tenían ojos azules y los cabellos claros o rubios. Una parte bien armada, custodiaba la legación de los Estados Unidos. Otros se acuartelaron en una casa vecina y no se mezclaban para nada en la tremenda lucha de que eran testigos. Salían sí, de vez en cuando, con angorillas y medicinas a recoger o curar heridos de los bombardeos o combates en los alrededores de la ciudad. (Díaz, 1955: 218)

Una imagen de benefactores es la que proyecta Díaz Lozano de los marines apostados en la costa hondureña para intervenir como apoyo del gobierno dictatorial. Por ser Honduras un país productor de banano, no es raro que la intromisión de Estados Unidos trascienda en *Peregrinaje*.

en esta investigación, ignora u oculta la visión entreguista que tiene Díaz con los marines estadounidenses.

- 35 La adhesión incondicional de Argentina Díaz Lozano con Estados Unidos se palpa en esta obra ganadora del Primer Premio del Concurso Literario Latinoamericano y editada por Farrar & Rinehart de Nueva York. Los comentarios y elogios que despertó *Peregrinaje*, en los periódicos y revistas estadounidenses –y que la autora reproduce en el anexo que trae el ejemplar utilizado en esta investigación– prueban la permisón al recrear la penetración de la potencia en el área. Es muy probable que después de haber vivido en Estados Unidos, la escritora hondureño-guatemalteca conociera el tipo de literatura apetecida por ese público. De ahí las descripciones tipo turísticas que hace de Honduras como *un “país tropical”* con *“pueblos pintorescos”* y de *“selvas vírgenes”*. Su obra está dirigida al lector foráneo como se comprueba en las explicaciones de algunos segmentos de la novela, como los que se refieren al maíz, a su preparación y consumo (Díaz, 1955: 19-20).

En contraste, en El Salvador, país productor de café, la intrusión extranjera, reseñada por Amparo Casamalhuapa, se diversifica. Así lo patentiza en *El angosto sendero* cuando culpa al tirano Hernández de ser, no solo el causante de la represión, la miseria y la corrupción, sino un entreguista con los foráneos que copan las instituciones, pues, según comenta, “(...) los puestos de Dirección de Bancos, Instituciones Armadas, de la Banda de Supremos Poderes y de la Estación de Radio, están controlados por extranjeros: alemanes, italianos y españoles fascistas, que siempre ven los intereses de sus respectivos países.” (Casamalhuapa, 1971: 40)

Estas autobiógrafas no pueden obviar, dentro de su historia particular, el contexto histórico de sus respectivos países, pues los hechos sucedidos en la región las marcan, aunque desconozcan muchos de los sucesos que allí ocurren, por residir fuera de Centroamérica o proyectarse apolíticas, como simula serlo Consuelo Sunsín. A diferencia de Amparo Casamalhuapa, quien considera la desigualdad social y los abusos de la tiranía como las causantes del descontento popular, Sunsín atribuye la lucha campesina salvadoreña a los terremotos, sin considerar los cataclismos político-sociales:

Pensé con nostalgia en El Salvador, en la época en que observaba a los zahoríes escudriñar la tierra seca, buscando el agua igual que un animal olfatea el perfume de una hembra. La espera era dura, los pastos estaban secos y los animales morían porque faltaba el agua, que se había ido a causa de los terremotos; los campesinos estaban inquietos, mientras los zahoríes tenían en sus manos todas sus esperanzas. La respuesta era cuestión de vida o muerte para todo el país. El río estaba seco, se había hundido en las entrañas de la tierra o se había ido a pasear por otro lugar, no lo sé. Vi rebaños enteros que se tendían en el suelo para morir, los oí lanzar sus mugidos de muerte al unísono. Sin embargo, el cielo era puro y un sol tropical bañaba todo el país, mofándose de hombres y animales. (Sunsín, 2002: 167-168)

Esta autobiografía recuerda a su país ajeno a las problemáticas sociales, perspectiva que se justifica por el desarraigo en el cual se debate la escritora, pues añora a su tierra de volcanes si la sabe lejana, pero es el mismo lugar que la asfixia obligándola a la trashumancia desde joven. Sin embargo, no puede desprenderse de su propio territorio al recordar, en *Memorias de la rosa*, las plantaciones de café de su padre y, especialmente, por el extrañamiento al cual la somete la mirada del otro, para quien “(...) *hay algo que la ha marcado. Probablemente su país. El trasplante de América Central a Europa.*” (Sunsín 2002: 40)

Aunque en esta época de preguerra las precursoras de las escrituras autobiográficas en Centroamérica exponen consciente o inconscientemente las desigualdades sociales, las exclusiones étnicas y los conatos de levantamientos populares en el área, ellas están en una posición ventajosa frente a los sectores subalternos tanto por pertenecer a los medios o acaudalados, como por tener una educación universitaria. Desde esa perspectiva, los desplazados por el sistema se ubican en espacios distantes de los que ellas ocupan, como las cocinas, los cuartos de servicio, las trojes, los patios, las orillas de la línea del tren, las zonas insalubres de las bananeras, los socavones de las minas o los caminos de mulas. También se observan en las estadísticas sobre analfabetismo, en los cuadros de desnutrición, en los índices de pobreza o representados en imágenes estereotipadas con las cuales el sistema los relega al tildarlos de ignorantes, ebrios, vagos e incivilizados.

Delineado, registrado y representado el contexto histórico desde sus propias vivencias, las autobiógrafas se aventuran a proyectar nuevas perspectivas sobre la sociedad y el papel que desempeña lo femenino en la cultura. Asimismo, hacen circular su propia versión sobre Centroamérica como un elemento clave en su inscripción como sujetos culturales al forjar “(...) *dentro de la textura fragmentaria de su relato, la figura de su propia diferencia como mujer.*” (Molloy, 2001: 180) De este modo, en sus obras se perciben las críticas al desalojo cultural femenino en la sociedad patriarcal, mediante diversas estrategias textuales con las que cuestionan, rechazan y desafían las imágenes

femeninas tradicionales como la maternidad y el eterno femenino. Con estas tácticas inician el desmantelamiento de los fundamentos patriarcales, quedando la familia en entredicho por el cuestionamiento tanto de la madre como del patriarca; así, el desmontaje de la familia trae aparejada la impugnación de los otros fundamentos del sistema androcéntrico.

3. El desmantelamiento de los bastiones patriarcales: de resistencias y travestismos

En la travesía que inician estas escritoras para replantear la subjetividad femenina desde sus propias experiencias, comienzan por cuestionar la ideología de género implantada por el sistema de dominación masculino a través de la escuela, la religión, la familia y el Estado. Hacia estas instituciones se dirigen las reprobaciones de las precursoras de las escrituras autobiográficas en Centroamérica, por ser las responsables de perpetuar los mecanismos de deshistorización y de eternización de las estructuras de la división sexual en las sociedades patriarcales³⁶.

Las cuestionan al descubrir que en ellas se construyen y difunden los principios de dominio masculino perpetuadores de la subordinación de las mujeres y que trascienden, prescindiendo de cualquier justificación, como invariables, convenientes, universales y naturales. Critican esa lógica de dominación impuesta e inculcada de la misma manera que las virtudes dictadas por la moral que encubren las relaciones del poder patriarcal. Impugnan el orden social, un sistema fundamentado en la división sexual del trabajo, en la distribución irrestricta del espacio, en las actividades asignadas a cada uno de los sexos de cuya repartición pierden las mujeres, a quienes se asignan “(...) *todos los trabajos domésticos, es decir, privados y ocultos, prácticamente invisibles o vergonzosos (...) los más sucios, los más monótonos y los más humildes.*” (Bourdieu, 2000: 45)

³⁶ Véase el libro *La dominación masculina* de Pierre Bourdieu.

ACERCA DE LA AUTORA

Teresa Fallas Arias es Bachiller en Historia y Magister en Literatura Latinoamericana por la Universidad de Costa Rica. Obtuvo un Doctorado Interdisciplinario en Letras y Artes en la Universidad Nacional. Es profesora catedrática de la Universidad de Costa Rica e investigadora de HILIMUJAC (Historia de la Literatura de Mujeres en América Central), proyecto del Departamento de Sociología y Antropología de la Universidad Autónoma de Aguas Calientes, México. Sus líneas de investigación son la literatura de mujeres, desde perspectivas feministas y de género y los temas identitarios. Ha publicado numerosos artículos en libros y en revistas nacionales e internacionales.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

Esta investigación abarca un período de sesenta y cinco años de escrituras del yo femenino en Centroamérica, en la cual se analizaron los textos de las escritoras más representativas de la región. Inscritas en distintas modalidades de escritura y posicionadas en el proceso histórico de compromiso y lucha política, logran configurar la subjetividad en tres períodos históricos conflictivos. En el primer capítulo se estudian las obras de las precursoras escritas durante la época de preguerra, cuando se incubaba el descontento popular. En el segundo se examinan los testimonios de las guerrilleras publicados en las décadas de los setenta y los ochenta, en tiempos de guerra, y en el tercero se exploran las escrituras autobiográficas publicadas en los años noventa y los primeros del siglo XXI, período de posguerra signado por el desencanto político-ideológico en el área.

Las escritoras centroamericanas ensayan múltiples estrategias discursivas con las cuales logran dismantlar el sistema de dominación masculino, resistiéndose a la usurpación histórica-cultural y reivindicando sus propias versiones como gestoras, militantes y partícipes de la revolución y de las transformaciones en sus respectivos países.

Con sus escrituras recuperan espacios materiales y simbólicos desde los cuales plantean una subjetividad no esencialista ni homogénea, sino inconclusa y nomádica, como en devenir su propia narrativa.

ISBN 978-9968-46-328-7



**Autonomía
Universitaria**
Condición de un pueblo libre